

FALLERA

Por ALEJANDRO G. MONERRIS



Rodeando a la fallera mayor de 1958, las dieciséis muchachas de su corte de honor representando a todas las regiones españolas. (Fotos Cabrellés Sigüenza.)

MAYOR

Las "fallas" son una gran fiesta que ha conseguido llamar la atención turística de todo el orbe, pero también un ciclo de esfuerzo continuo, un círculo que se cierra y se abre en el momento mismo de la "cremá". Concluida la danza de fuego, apagados los últimos resacidos, renace la ilusión y la incesante actividad en torno de los espectáculos del año futuro, de las comisiones de barrio, de los temas satíricos, de los artistas, de las cortes femeninas... La actualidad fallera, vencidos los últimos rigores invernales, se acelera al máximo como presintiendo el olor de pólvora y el tropel multicolor de las imágenes. Y con la elección de la fallera mayor se inicia verdaderamente el período oficial y público de las fiestas josefinas, a dos pasos de marzo y como un anticipo de la noche sacramental de la "cremá", cuando Valencia quema lo que ha adorado.

La proclamación de la fallera mayor se adelantó este año al horario previsto. Siempre se hacía en febrero. Este año, a las puertas del mismo enero. Los miembros de la Junta Central Fallera, como es tradicional, se reunieron en una especie de "clave secreta" para designar, de una lista de señoritas previamente seleccionada, el nombre de la doncella favorecida. La elección, unánime, fue sometida a la superior aprobación del alcalde y minutos después, en el severo salón de sesiones del Ayuntamiento, totalmente abarrotado de público —en el que, como siempre, la presencia de bellas damas convierte en un espectáculo de rostros bonitos, cosa nada extraña en un mundo de mujeres hermosas—, el señor Rincón de Arellano hizo público el nombramiento: "Señorita María del Carmen Colomer Casanova fallera mayor para 1959..." Las ovaciones y el aparato sonoro de los timbales y clarines lanzando al aire las vibrantes notas de la Marcha de la ciudad rubricaron la solemne proclamación. Valencia tenía ya a su "Reina del Fuego" y España, desde aquel momento, concertada una cita con la primavera valenciana.

En los años anteriores al Movimiento Nacional, la selección de la fallera mayor era algo parecido a un concurso de Long Beach, como un concurso sofisticado de "miss" belleza o "miss" maniquí. Elección a base de votaciones, con el mito de la democratización por delante, mientras las

jóvenes candidatas desfilaban entre el griterío de baloteos y festejos tumultuosos, en los Viveros o en los sótanos del Mercado Central. El traje de labradora valenciana—labradora con aspecto de reina—cayó en la trampa de verbenismo arrabaleiro. Muchachas vestidas de oro y seda, con su afiligranado peinado de moños, teja y pinetas—que tanto recuerda al de la Ibérica y famosa "Dama de Elche"—y con sus "arracadas" y aderezos colgando, eran puestas en línea como si fuesen bellezas profesionales de hoy que, en cualquier hotel o playa de moda, exhibiesen sus "bikinis" y sus melindres.

Las "fallas", como toda fiesta popular, que siempre es, en principio, minoritaria y de honda raíz religiosa, quiso hacerse pasar también por el aro del sufragio universal. Y lo popular, al saltar de la calle, de la urbe, a los ambientes cerrados de teatros, salas y bailes, degenera casi siempre en populachero. Los términos se invirtieron, los medios destronaron a los fines, y al título regio de "fallera" se le antepuso el cinematográfico de "belleza" y las jóvenes vencedoras, elevadas por unos días a un "estrallato" efímero, daban luego el salto en el vacío que sigue, indefectiblemente, a las subidas con relenti. Incluso un año, en la República, fueron dos las "bellezas falleras" en pugna, fueron dos las aspirantes que reclamaron para sí la exclusividad de un título, que los aprendices de jueces no supieron discernir.

Con el término de nuestra guerra civil las "fallas" entraron definitivamente en su mayoría de edad, en su máximo esplendor artístico y en la categoría de fiestas de rango internacional. En sustitución del antiguo Comité Central Fallero, se creó un organismo oficial que entendiera de las mil complejidades de su organización: la Junta Central Fallera, dependiente del Ayuntamiento, hasta el punto que el concejal de Fiestas y Festas es, por derecho propio, presidente nato de la Junta. Valencia ha hecho de sus "fallas", con sus ganas de divertirse, con su ingenio y con su arte, una de las fiestas más completas, originales y atractivas del mundo. De modesto y humilde origen artesano son, hoy por hoy, una imperiosa y vital manifestación del espíritu "valentino" (no "levantino" que, como decía Martín Domínguez en estas mismas páginas, más parece una invención

de la Renfe), el espectáculo más luminoso y popular de todo el Mediterráneo español y también, en frase de Sánchez Mazas, "como una gran fiesta de la mejor y más antigua filosofía de Occidente".

Desde la Liberación han ocupado el trono de reina de las "fallas" veinte señoritas. Veinte doncellas que, además de aportar su juvenil ingrediente de fresquísima alegría y belleza, representan asimismo las virtudes más caras y sagradas de uno de los cotos más limpios de la vida española: el hogar y la familia. Excepcionalmente, el nombramiento de fallera mayor ha recaído algunos años en muchachas de origen no valenciano. En estos casos Valencia, con sus características virtudes de gratitud, amor y espíritu español por excelencia, rendía el homenaje debido a los nobles merecimientos de sus apellidos.

Las "fallas" de la Liberación, las primeras "fallas" después del triunfo del Alzamiento, en 1940, tuvieron por fallera mayor a Carmencita Franco Polo, hoy señora de Martínez Bordiu, marquesa de Villaverde. El Ayuntamiento le regaló el traje de labradora, pero imposibilitada de asistir a las fiestas, estuvo representada por la hija del general Aranda, liberador de Valencia. Las comisiones falleras acordaron, por aclamación, que María Luisa Aranda fuese, por derecho propio, la fallera mayor de 1941.

Al siguiente año fue elegida María Luisa Prat Dupoy de Lome, hija del conde de Berbedel, y Elvira Gómez Trenor, hija del conde de Trenor, ex alcalde de la ciudad, nombrada en 1943. La elección recayó, en 1944, en María del Carmen Asensio Ballester, hija del general Asensio Cabanillas. Siguen después, desde 1945 a 1950, seis muchachas del más rancio abolengo valenciano: María Desamparados Garrigues Santonja, hija del vizconde de Valdesoto, y María Desamparados Ibáñez Valero de Palma; Amparo Casanova Casanova y María Julia Martínez de Vallsjo Manglano; Margarita Casanova Civera y María Victoria Noguera y Jiménez de Cisneros.

En 1951, las "fallas" fueron declaradas de interés nacional, por el entonces ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín. Significaba la culminación de las fiestas josefinas, el espadazo oficial de esa faceta, la más acusada, de las cos-

(Continúa)

(Continuación.)

tumbres y forma de vivir de este rincón hispano, que lleva en sí su pasión y su drama, la anécdota y la aventura, la risa y la alegría. Y el Ayuntamiento valenciano consideró que ningún prejuicio humano y legal debía ser obstáculo para corresponder debidamente: proclamando fallera mayor a María Pilar Ibáñez Martín-Collado.

La relación se enriquece luego, en 1952, con el nombre de María Rosario Violante Ferrandis Luna y Álvarez de Toledo, hija del gran valenciano y publicista de mérito excepcional, don Salvador Ferrandis Luna. Un año más y otro ilustre apellido viene a sumarse a la lista: María Consuelo Cánovas Cobo del Prado, hija del entonces director general de Agricultura y hoy ministro del ramo, don Cirilo Cánovas García. A continuación, desde 1954 a 1957, ocuparon el pedestal de reinas falleras cuatro muchachas cuyos apellidos tienen una relevante significación en la vida social, económica y cultural de Valencia: María Miguela Carpi Cañellas, Paquita Iborra Martínez, Amparo Taulet Casanova y Sagrario Fernández de Córdoba y Planells.

El año pasado, cuando todavía parecía respirarse en el aire el acre perfume de unas tierras removidas por la hecatombe, las "fallas de la riada", surgidas del barro, nos depararon una fallera mayor—Encarnación Amorós Lluch—que asomó la gracia de su rostro juvenil de entre el dolor y el recuerdo de aquellos inolvidables días. Y, por último, para este año de 1959, María Carmen Colomer Casanova, quizá una de las falleras más bonitas y gentiles. Una muchacha—veintidós años, señor!—de arrolladora simpatía y espléndida belleza, esbelta y juvenil, a quien el honor de su elección—máxima aspiración de las jóvenes valencianas—no le ha modificado la sencillez y la ingenua luz de la ilusión. La tez morena, la voz suave y aterciopelada; los ojos—expresivos ojos verdes—, muy vivos e inteligentes; los labios finos y las manos de expresividad impresionante, añadida a sales y gracias mediterráneas.

En el año 1940 se "plantaron" treinta monumentos de madera y cartón. En 1959 arderán ciento cincuenta y una "fallas", enrojeciendo con su resplandor la cúpula valenciana. Y cada comisión tiene su propia fallera mayor, y ésta su respectiva corte de honor, integrada por un número de muchachas que oscila de doce a veinte. Aparte, naturalmente, las incontables y graciosas fa-

María Carmen Colomer Casanova, proclamada fallera mayor 1959. (Foto Juan A. Guesta.)



lleras infantiles. Lo que quiere decir, haciendo un pequeño cálculo, que miles y miles de muchachas, luciendo el traje regional valenciano, desfilando a todas horas entre los sonos de más de un centenar de bandas de música, entre el estallido de las tracas y el bullicio incesante de una multitud invasora, ofrecen el maravilloso despliegue, rítmico e innumerable, que dan a la ciudad un aspecto de romance antiguo.

Sobre el asfalto de las calles de Valencia, que esconde como rico tesoro la tierra fértil, rojiza y parda, jugosa, huertana, con algarrabía de regatillos y olorosa brisa marinera, estas muchachas, vestidas de falleras—atavio el más barroco y femenino que cabe imaginar—, estas doncellas, repito, con el revuelo de sus faldas brocadas ondulándose como los trigos dorados, tienen todo el aire de ser un insuperable hallazgo. Estas cinco mil doncellas, gracia, hermosura y primavera, se le cuelgan a Valencia como un penacho, como múltiples capullos brotados de un inmenso rosal, que ofreciese, en el tiempo y en el espacio, una pura y permanente sonrisa.

Sonrisa de fallera mayor.

A. G.
M.

